

Nota del editor

Cuando hace 150 años, en marzo de 1871, el joven proletariado parisino intentó “el asalto al cielo”, ferozmente reprimido por la sanguinaria reacción de la burguesía francesa —de acuerdo, en esa ocasión, con el invasor prusiano en aplastar a su enemigo mortal común— quedó muy claro, una vez más, tal y como está escrito en el *Manifiesto*, que la historia de cualquier sociedad es una « historia de luchas de clases ».

La burguesía y el modo de producción capitalista del que era producto vivían entonces la fase ascendente en la plena expansión de las fuerzas productivas, y su Estado y su democracia se afirmaban, también a escala nacional, como los instrumentos políticos triunfantes de su dominio.

El movimiento obrero, que había empezado a dar sus primeros pasos hacía tan sólo unas décadas, ya había tenido que pagar trágicamente la ilusión en 1848 de que su batalla política podía librarse de acuerdo con la burguesía, aunque fuese con sus corrientes más liberales y progresistas. Con la Comuna, lo que quedaba de esa ingenua esperanza fue barrido por los disparos de los cañones, mientras que estaba claro, sin embargo, que « ¡ proletarios de todos los países, uníos ! » no era un llamamiento simple al sentimiento de solidaridad, sino una síntesis científica fundamental, un requisito vital para la estrategia revolucionaria.

Duró solo dos meses. Sin embargo, en el breve lapso de esa ardiente temporada, se concentró en el corazón de París un patrimonio de experiencias irremplazable. Lo que resolvió definitivamente, a la luz de los hechos, una serie

de cuestiones teóricas fundamentales del socialismo. Fue el primer intento de construir un mundo nuevo. Una revolución, según afirma Marx en el primer borrador del texto, « no contra esta o aquella otra forma de poder del Estado, legitimista, constitucional, republicano o imperialista », sino contra el propio Estado. Contra este « aborto sobrenatural de la sociedad », instrumento de « guerra del capital contra el trabajo », por la « reanudación por parte del pueblo para el pueblo de su vida social ».

Si es cierto, y es cierto, que la existencia de las clases está históricamente ligada sólo a determinadas épocas del desarrollo de las fuerzas productivas, esa revolución tuvo que « romper » la máquina estatal de la opresión de clase, porque, como recuerda Lenin en el *Estado y la Revolución*, « el Estado es inútil e imposible en una sociedad sin antagonismos de clases ».

La tendencia de la historia, por tanto, marcha hacia la extinción de las clases y del Estado, y la Comuna, por esa dirección, fue para Marx « una forma política fundamentalmente expansiva, mientras que todas las formas precedentes ... habían sido unilateralmente represivas ». Quería « abolir esa propiedad de clase que convierte el trabajo de muchos la riqueza de unos pocos ». Quería transformar « los medios de producción ... que hoy son fundamentalmente medios de esclavización y de explotación ... en simples instrumentos de trabajo libre y asociado » ; hasta convertirlos en el eje de la actividad consciente de una sociedad de productores ya no dividida en clases. Quería el comunismo, un mundo de libres e iguales, incompatible con la existencia de cualquier forma de estado. Porque, recuerda siempre Lenin, « mientras existe el Estado no hay libertad » y « cuando haya libertad no habrá Estado ».

Para afirmar esta necesidad histórica los comuneros saltaron al terreno real, para dar vida a una forma política completamente nueva : « la dictadura del proletariado ». Un Estado obrero, un poder transitorio en el paso hacia la abolición de todas las clases y todos los Estados. Por eso, ese heroico intento fue airoosamente aplastado por una burguesía que considera perenne el dominio de clase y, por tanto, del capital.

Entre victorias y derrotas, el contenido esencial de esa batalla atravesó todo el siglo del imperialismo de las guerras

y las revoluciones, para presentarse hoy aún más fuerte y relevante frente a un mundo que mientras tanto ha cambiado profundamente. Una vez alcanzada la cúspide de su desarrollo, la era burguesa vive desde hace algún tiempo las convulsiones cada vez más perturbadoras ligadas a su inevitable ocaso. Hasta que se tambaleen los mismos cimientos de su credo ideológico, bajo la presión de tendencias irreversibles que revelan su fragilidad teórica, política y social. Un credo que se ve desmentido precisamente en sus bastiones, en el desconcierto de los establishments políticos, académicos y periodísticos del que siempre han hecho propaganda, y hoy se cuestionan desalentados ante la crisis de ese orden liberal del que siempre se habían jactado.

El Estado liberal, sus poderes, su democracia imperialista, sus instituciones representativas están siendo puestas en discusión a la luz de los hechos. Abrumados por una pérdida de confianza y un pesimismo generalizado sobre sus posibilidades efectivas de redención. Un estado de ánimo que, en las viejas potencias, refleja la reacción a un enorme desplazamiento de fuerzas que acentúa su declive, mientras procede de forma incontenible el ascenso imperialista de China como nuevo gigante continental.

Al mismo tiempo, esa joven clase que levantó la cabeza hace 150 años para entablar una batalla, entonces sin esperanza, ha multiplicado enormemente sus filas, hasta convertirse en la mayor parte de la humanidad. Una clase mundial, que garantiza al principio internacionalista una fuerza material inigualable, en ese momento sólo idealmente empuñado.

La lección de esos hombres, tanto de su heroísmo como de su derrota, ha sido durante mucho tiempo un preciado capítulo del patrimonio de teoría y de lucha del movimiento revolucionario y resulta más viva que nunca en la tarea inédita de arraigar un partido leninista en la metrópolis imperialista europea. Una necesidad vital de mirar al mundo y prepararse a tiempo para las nuevas grandes Comunas que nuestra clase mundial se verá inevitablemente llamada a afrontar en el futuro.

Febrero de 2021